

MUNIBE (Antropología-Arkeologia) 57	Homenaje a Jesús Altuna	345-364	SAN SEBASTIAN	2005	ISSN 1132-2217
-------------------------------------	-------------------------	---------	---------------	------	----------------

Etnogénesis del País Vasco: de los antiguos mitos a la investigación actual¹

Analysis of Basque Protohistory: from Old Myths to Recent Data

PALABRAS CLAVE: Protohistoria, Paleoeología, Estudios Vascos, Historiografía.
KEY WORDS: Protohistory, Palaeoethnology, Basque Studies, Historiography.

Martín ALMAGRO GORBEA*

Eppur si muove
Galileo Galilei

RESUMEN

El origen "ancestral" de los vascos es un mito historiográfico derivado de concepciones bíblicas anteriores al desarrollo de la Prehistoria. La etnogénesis del País Vasco basada en los datos actuales indica que los pueblos del actual País Vasco, *Bárdulos*, *Caristios* y *Autrigones*, eran indoeuropeos por su cultura, lengua e ideología, sin excluir posibles fenómenos minoritarios de etnicidad con gentes de tipo éuscaro. Por el contrario, los elementos lingüísticos éuscaros se deben relacionar con los *Vascones*, que se extendían al Este del río Leizarán y en las zonas Pirenaicas hasta la altura de Huesca o algo más al Este y en el territorio de la *Aquitania*, al Oeste del Garona.

ABSTRACT

The origin of Basque people is a myth based on biblical conceptions, previous to the rising of scientific Prehistory. An analysis of the formation of Old Basque Populations based on recent data proves that *Barduli*, *Caristi* and *Autrigones* were Indo-Europeans peoples in their culture, language and mentality, with possible cases of inter-ethnicity with some minorities of Basque origin. Basque peoples must be related to the old *Vascones*, extended Eastwards from Leizarán River and in the Pyrenean Range until Huesca and the *Aquitania*, western from Garone River.

LABURPENA

Euskaldunen jatorriaren "antzinatasuna" Historiaurrea zientzia bezala sortu baino lehen Biblian oinarriturik eratutako mito historiografikoa da. Gaur egun eskura dauden datuetan oinarriturik esan daiteke Euskal Erkidegoaren etnogenesiak adierazten duenez, egungo Euskal Erkidegoan bizi diren herriak (barduliarrak, karistiarrak eta autrigoiak) indoeuroparrak zirela bai kultura, hizkuntza eta ideologiagatik; alabaina horrek ez du esanahi baskoiekin, maila apalean bada ere, etnia kidetasun fenomeno batzuk gertatuko ez zirenik. Orain arteko uste batzuen kontra beraz, euskal elementu linguistikoek edo euskaldunak deitzen zaienek *Baskoiekin* dute zerikusi. Herrialde hori Leizaran ibaiaren ekialdean zehar eta Pirinioetan zehar Huescaraino edota zertxobait ekialderago hedatzen zen, baita Akitanian zehar ere, Garona ibaiaren mendebaldean zehar.

La Protohistoria del País Vasco ofrece particular interés en la Prehistoria de la Península Ibérica, una de las más complejas de toda Europa. Su interés se acrecienta por ser un interesante campo de investigación interdisciplinar, pues exige abordar, paralelamente, datos arqueológicos, lingüísticos y antropológicos, tarea hoy difícil por la triple especialización que supone, pero que constituye un aliado añadido.

A pesar del interés, en la actualidad se echa en falta una revisión de las posturas tradicionales, mantenidas desde hace casi un siglo, a la luz de las nuevas investigaciones de estos últimos años, conocimientos que pueden ayudar a superar antiguos esquemas y a abrir nuevas perspectivas para una visión de conjunto de los complejos procesos de formación de las gentes del País Vasco.

1) Ofrecemos estas reflexiones en justo homenaje de admiración y afecto a la persona y la obra del Prof. JESÚS ALTUNA. Se basan en una conferencia pronunciada en las IV Jornadas de Arqueología de la Sociedad de Ciencias Aranzadi, de San Sebastián. Conste mi agradecimiento a su invitación y al estímulo que ha supuesto este trabajo para profundizar en el conocimiento de nuestras queridas tierras vascas.

* MARTÍN ALMAGRO GORBEA, Universidad Complutense, Departamento de Prehistoria y Real Academia de la Historia, León 21, 28014 Madrid.
E-mail: anticuario@rah.es

En estos últimos años se ha suscitado un creciente interés por investigar los procesos de etnogénesis de la Península Ibérica en época prerromana. Los trabajos iniciales de BOSCH GIMPERA (1932; 1944) de antes de la Guerra Civil fueron proseguidos hasta los años 1960 (MARTINEZ SANTAOLALLA 1946; CARO BAROJA 1946; ALMAGRO 1958; GOMEZ TABANERA (ed.) 1967). Posteriormente, esta línea de estudios quedó prácticamente relegada, pues la II Guerra Mundial hizo que, con la excepción de Italia, estos temas no se trataran por sus delicadas consecuencias políticas, todavía muy presentes en gran parte de Europa.

Sin embargo, en los últimos 25 años, estos estudios esenciales han sido retomados con nuevos planteamientos y perspectivas para llegar a comprender la formación o etnogénesis de las poblaciones. Gracias a ello, hoy se entiende mejor la formación de la cultura ibérica, superando esquemas invasionistas caducos o localistas faltos de perspectivas y permitiendo comprender que la iberización fue producto de un complejo proceso de mediterraneización o aproximación hacia la vida urbana de las poblaciones originarias de la Edad del Bronce generado por los contactos con Tartessos y los pueblos coloniales (ALMAGRO-GORBEA 2001a; id. y RUIZ ZAPATERO 1993: 484 s.).

A partir de los 1980 se ha renovado también la visión sobre el origen de los celtas en la Península Ibérica, igualmente estancado durante años por falta de trabajos innovadores de los esquemas de antes de la Guerra, apenas renovados en los inicios de los años 1950 (ALMAGRO 1952). La polémica sobre alguna de la hipótesis aportadas inicialmente (ALMAGRO-GORBEA 1992; id., 2001) ha exigido su revisión (RUIZ ZAPATERO & LORRIO 1999), pero esta línea de investigaciones paleoétnicas ha sido seguida en estos últimos años por numerosos colegas y ha dado lugar a interesantes síntesis actualizadas sobre los principales pueblos prerromanos (ECHEGARAY 1997; BERROCAL 1992; SANZ MINGUEZ 1997; LORRIO 2005; BURILLO, 1998; ÁLVAREZ-SANCHIS 1999; MARTIN 1999; PERALTA 2000; PÉREZ VILATEDA 2000; TORRES 2002; etc.).

En esta aproximación desde las regiones del Mediterráneo, las mejor conocidas de la Península Ibérica, hacia las que ofrecen más dificultad, es cada vez más necesario y atrayente abordar con una perspectiva actualizada la etnogénesis del mundo vaso. Por una parte, constituye la continuidad de esta línea de investigación tan atractiva, tras el estudio del origen de iberos y celtas, pues representa otro tronco etno-cultural diferenciable en la población prehistórica de la Península Ibé-

rica. Además, el avance en el conocimiento de estos procesos de etnogénesis ha evidenciado que todos ellos están interrelacionados entre sí de una u otra forma, por lo que sólo se llegan a comprender debidamente desde una visión de conjunto.

Es conveniente hacer algunas consideraciones teóricas, metodológicas e historiográficas antes de abordar este tema, ya que puede parecer delicado y difícil. En primer lugar, hay que tener en cuenta la falta de síntesis actuales válidas en los últimos 50 años sobre los procesos de etnogénesis de la Península Ibérica y las características étno-culturales de sus poblaciones (ALMAGRO-GORBEA 1986; ALMAGRO-GORBEA & RUIZ ZAPATERO 1993), en las que necesariamente se enmarca la del País Vasco, que igualmente carece de una visión válida en la actualidad.

La causa quizá sea el recelo ante pasadas interpretaciones impregnadas de concepciones ideológicas y políticas que hoy debieran estar ya superadas. Sin embargo, los prejuicios ideológicos existentes no deben impedir este tipo de estudios, que se deben abordar siempre desde una perspectiva independiente. Para ello conviene recordar que ya desde Gordon Childe se definió la "cultura arqueológica" como "un conjunto recurrente de artefactos en el tiempo y en el espacio", concepto que suponía asumir la ecuación de "cultura = pueblo", sobreentendiendo lo que los antropólogos denominan como "grupo étnico" siguiendo la larga tradición etnológica centroeuropea del siglo XIX de los Círculos Culturales, según la cual las formas de pensamiento estaban implantadas en los pueblos por descender de un "stock" común ancestral, idea que parece inspirada en percepciones procedentes del campo lingüístico. Este presupuesto permitía identificar "pueblos" a través de la cultura material, suponiendo que existía un conjunto estable y objetivo de rasgos culturales característicos de cada grupo étnico.

Este concepto, con ciertas matizaciones, ha sido de nuevo aceptado por D. L. CLARKE (1978: 299 s.), uno de los fundadores de la *New Archaeology*, pero integrado en el concepto de "sistema cultural", que aporta la importante novedad de su carácter interaccionado entre los componentes internos y externos que explican su necesaria variación diacrónica: un grupo etno-cultural es un proceso, nunca "una foto fija". Sólo desde esta perspectiva, puede aceptarse la definición de un grupo étnico, como la de S. JONES (1999: 76 s.): "cualquier grupo de gente que se considera a sí misma distinta de los demás y diferenciable de los demás

con los que interactúa o coexiste sobre la base de sus percepciones de diferenciación cultural y/o de ascendencia común”, aunque conviene precisar que también puede ser considerada como diferente por otros y que no se trata de un “constructo moderno” (ÁLVAREZ-SANCHÍS & RUIZ ZAPATERO 2002: 182), tal como evidencia la larga experiencia habida desde la Antigüedad.

La tarea de estas investigaciones “paleoetnológicas” así entendidas es buscar los antecedentes arqueológicos de esas “culturas-pueblos” para recomponer la evolución de los pueblos en etapas anteriores y estudiar diacrónicamente los procesos que desembocan en la configuración de las etnias protohistóricas. Dentro de este marco conceptual, hay que situar todos los intentos de reconstrucción paleoetnológica de la Península Ibérica, desde los iniciales, de nulo interés actual, hasta BOSCH GIMPERA (1932; 1944), primer intento serio de reconstruir la “Paletnología” de la Península Ibérica. Este trabajo sirvió de modelo para los trabajos sobre el País Vasco de TELESFORO DE ARANZADI y de E. EGUREN y que cabe personificar en la síntesis de JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARAN (1934), que, en la práctica, casi sigue siendo la única existente (id., 1953; ALTUNA 1975 y 1978).

Pero este proceso de estudio no es sencillo. La etnicidad es actualmente negada por algunas escuelas arqueológicas, en especial del mundo anglosajón, al considerarla un mero patrón mental moderno, como señala RENFREW (1998), postura seguida también de manera matizada por algunos arqueólogos españoles (ÁLVAREZ-SANCHÍS - RUIZ ZAPATERO 2002). Pero esta interpretación es actualista y contradictoria, pues se acepta su existencia al considerarla relacionada con la identificación auto-consciente de un grupo social en un área geográfica o con un origen específico, pero, al mismo tiempo, la niegan al considerarla un “constructo” o patrón mental moderno, lo que más parece resultado de una postura teórica de antropólogo de laboratorio que de la experiencia que ofrecen la Etnología, la Historia y la observación del mundo real de nuestro entorno desde la Antigüedad.

Frente a esta opinión, es evidente que la etnicidad es una realidad, no sólo hoy, sino también a juzgar por la experiencia histórica y etnológica universal, hecho particularmente bien documentado desde la Antigüedad, desde Heródoto a Posidonios, Estrabón o Tácito, cuando ya se realizaron observaciones sobre las frecuentes interacciones entre cultura material, lengua y antropología física como elementos que, aunque no se consideren esenciales, al menos sirven como identificadores

de etnicidad, ya que pueden ser apreciados tanto desde el exterior como por los propios integrantes del grupo social.

Por ello, existe la posibilidad de identificar las etnias a partir de la constatación de que éstas, para reconocer o reforzar su auto-consciencia, emplean rasgos culturales específicos como “demarcadores” conscientes o no, alguno de los cuales pueden en ocasiones quedar reflejados y rastrear-se en el registro arqueológico. Por otra parte, desde la perspectiva del sistema cultural, todo proceso de etnogénesis supone la crisis de unas comunidades y la disolución de las agregaciones étnicas precedentes, que pasan a formar el “substrato” étnico, para dar lugar a otras nuevas o a una más amplia. Estos procesos de etnogénesis traslucen cambios de situaciones medio ambientales, socio-económicas, políticas e ideológicas, así como contactos de unas entidades étnicas con otras, hecho particularmente evidente en la Península Ibérica.

Desde esta perspectiva, se pretende en este análisis aplicar en el País Vasco la metodología de estudios sobre la Paleoetnología experimentada con cierto éxito de la Edad del Hierro de la Península Ibérica en estos últimos años. Esta metodología ofrece una característica esencial: se basa en la consideración, bien contrastada por múltiples ejemplos, en particular en la Península Ibérica, de que una etnia es el resultado de complejas interacciones de larga duración de todo un sistema cultural, integrado por subsistemas independientes e interrelacionados, entre los que cabría identificar como más esenciales la cultura material, lo más visibles para la Arqueología, pero también los medios de subsistencia, la estructura social, la ideología, la lengua y las características antropológicas. Como todo sistema vivo, este sistema es abierto, lo que explica y obliga a considerar que varía diacrónicamente y geográficamente, y que está en continuo cambio/reequilibrio interno (evolución) que se ve acentuado por los impulsos que recibe del exterior, en especial del medio ambiente y, sobre todo, de otros sistemas étnicos con los que, necesariamente, se interfieren mutuamente a lo largo del proceso histórico (difusión, aculturación, invasión, intercambio genético, etc.).

En una palabra, el concepto de pueblo o “*ethnos*”, para el que se han dado múltiples definiciones, es, necesariamente, dinámico y variable, pues no puede existir un pueblo uniforme, puro ni estático, ni siquiera si quedara aislado durante generaciones, ya que se generarían procesos de mutación y cambio que abocarían a su cambio y desaparición. La idea de un pueblo estable indefinida-

mente, más que una utopía, es en gran medida un concepto ideológico que procede de la visión bíblica mítica que explicaba el origen de los pueblos a partir de los descendientes de Noé, creencia definitivamente sustituida por nuevas visiones científicas en la segunda mitad del siglo XIX.

En este aspecto, es interesante hacer una breve incursión historiográfica sobre el origen de este “modelo” histórico. En el País Vasco ha pesado de forma apreciable el problema del origen de la Lengua Vasca, dada su gran personalidad e interés. En efecto, la lengua es un elemento cultural esencial y uno de los principales delimitadores de etnicidad, pero no el único ni el exclusivo.

A fines del siglo XVI JOSEPH SCALIGER (1540-1609) inicia los estudios de lingüística comparada y en 1767, JAMES PARSON publica *The Remains of Japhet, being historical enquiries into the affinity and origins of European languages* (London, reed. York, 1968), partiendo de la idea bíblica de relacionar las lenguas con los descendientes de Noé: Sem, antecesor de judíos y árabes, Cam, de egipcios y camitas y Jafet, de los europeos. Parson comparó 1000 palabras de lenguas por él conocidas y concluyó que la mayor parte (Irlandés, Galés, Griego, Latín, Italiano, Español, Francés, Germánico, Alemán, Holandés, Sueco, Danés, Inglés Antiguo, Inglés, Eslovaco, Polaco y Ruso, Bengalí, Persa y Húngaro), eran semejantes y distintas del Turco, Hebreo, Malayo y Chino y también dedujo que todas descendían del Irlandés, frente a la creencia tradicional de que era el Hebreo según la Biblia. Esta conclusión es un ejemplo de “Goropianismo”, término que designa la ingenua creencia de que la propia lengua es la más antigua del mundo, como creyó Ioannes GORUPIUS BECANUS (1518-1572) en sus *Origines Antwerpianae* (AMBERES 1572), al considerar que todas las lenguas descendían del Holandés.

Los eruditos del País Vasco iniciaron los estudios lingüísticos en el siglo XVIII, pero más impregnados de “goropianismo” que de conocimientos lingüísticos, pues seguían las viejas tesis de ESTEBAN DE GARIBAY (1571), quien consideró que el Vasco era una de las 72 lenguas de Babel, traída a la Península Ibérica por Túbal. En 1745 el jesuita MANUEL LARRAMENDI (1690-1766) publica su *Diccionario trilingüe castellano, bascuence y latín*, inicio de los estudios de la Lengua Vasca, en cuyo *Prefacio* (1745, cap. 8, pág. 82) recoge una inscripción inventada, recurso frecuente en su época (ALMAGRO-GORBEA 2003: 223 s.), que él mismo tradujo y que delata su posicionamiento ideológico: “Para nuestro gran creador, los Escaldunes, bajo

su protección y respeto, levantamos esta sólida tabla de metal en el momento en que por primera vez penetraron entre nosotros lenguas extrañas y diversas, de manera que los que vengan después de nosotros entiendan que adoramos y de buen grado un solo dios, no como esos advenedizos a extraños y ridículos dioses”. No hace falta hacer hoy la crítica de este texto, que sería anacrónica, pues ya la hicieron sus contemporáneos, aunque sin ser atendida. GREGORIO MAYANS (1711-1794), una de las mentes más preclaras de la Ilustración del siglo XVIII, en su *Introductio ad veterum inscriptionum historiam litterariam* (1756: 96), ironiza que “quien afirma haber leído una lámina de un metal desconocido escrito en caracteres desconocidos más antiguos que los romanos, cartagineses, griegos y fenicios, no dudo que hubiera leído también el libro de Henoch, en caso de que hoy existiera...”.

La misma línea siguió PEDRO PABLO DE ASTARLOA (1752-1806), que publica en 1804 sus *Reflexiones filosóficas en defensa de la lengua vascongada o Ensayo crítico filológico de su perfección y antigüedad sobre todas las que se conocen, en respuesta a los reparos propuestos por el Diccionario geográfico histórico de España*. A esta obra replicó en 1804 JOSÉ ANTONIO CONDE, *Cura de Montuenga*, quien dominaba el Latín, Griego, Hebreo, Árabe, Persa y Turco, con su *Censura crítica de la pretendida excelencia y antigüedad del vascuence*, en la que ironiza que, sin conocimientos lingüísticos, se pudiera afirmar que la Lengua Vasca era la más antigua del mundo. La polémica prosiguió con la respuesta de un anónimo (1804), *Reflexiones filosóficas en defensa de la Apología de la lengua vascongada o respuesta a su censura crítica del Cura de Montuenga* y la publicación de JUAN BAUTISTA ERRO (1774-1854), *Alfabeto de la lengua primitiva de España* (1806), obra que se tradujo al Francés e Inglés, lo que evidencia su interés, pero replicada por Conde (1806) en su *Censura crítica del alfabeto primitivo de España*. Como respuesta, Erro (1807) publica sus *Observaciones filosóficas a favor del alfabeto primitivo ó respuesta apologética a la censura crítica del Cura de Montuenga*, en la que llega a decir que el origen del alfabeto griego estaba en España, pues el nombre de sus letras procedía del Vasco y, en 1815, publica *El mundo primitivo o examen de la antigüedad y cultura de la nación bascongada*, en la que defiende que el vascuence era la lengua más antigua del universo y la originaria del Paraíso de la Biblia (LOPEZ ANTON 2000: 16), dentro de concepciones goropianistas cada vez más anacrónicas.

El título de las obras comentadas ayudan a comprender la polémica de la época. Larramendi, Astarloa y Erro proponían etimologías vascas para todos los topónimos e, incluso para las inscripciones ibéricas, entonces todavía no descifradas, pues, según Astarloa, en Vasco cada sílaba y cada letra tenían sentido propio (VILLAR 2000: 59), lo que utilizaban para traducir cualquier tipo de texto. Esta postura ya motivó las justas críticas de MAYANS (1756) y de CONDE (1804, 1806), los mejores especialistas de su época, como las de RODRIGUEZ DE BERLANGA (1881: 56 s.) a fines del siglo XIX, las más duras y atinadas, y las más recientes de CARO BAROJA (1954: 658) y de lingüistas como MICHELENA (1964; 1988), TOVAR (1980: 66 s.) o VILLAR (2000: 59 s.).

De acuerdo con estas visiones goropianistas, generalizadas en la época, el vasco era la lengua más antigua hablada por toda la Península Ibérica de manera uniforme antes de los romanos y era la misma que el ibérico, idea que dio lugar al *vasco-iberismo*. Esta teoría, ya negada por Mayans y Conde, fue adoptada por W. VON HUMBOLDT (1821: 128) quien, al publicarla, difundió con su autoridad por toda Europa que “los antiguos iberos eran vascos que hablaban el idioma actual o uno análogo y que habitaban todas las regiones de España”, siendo los celtas una invasión posterior, como la romana, de acuerdo con las interpretaciones “invasionistas” de la época. Esta teoría prosiguió hasta la lectura del alfabeto ibérico por GÓMEZ MORENO (1921), ya entrado el siglo XX. A partir de entonces se comprobó que en la Hispania prerromana se habían hablado lenguas muy distintas, con lo que caía la vieja tesis del vasco-iberismo generalizado. Pero más importante fue comprobar, como ya habían visto desde Mayans y Conde el siglo XVIII y después FIDEL FITA (1878), D’ARBOIS DE JOUBAINVILLE (1894) y JOAQUIN COSTA (1917), que gran parte de Hispania, todas sus zonas centrales, occidentales y septentrionales, incluido el País Vasco, habían hablado Celta, con lo que se reducían drásticamente las supuestas áreas originales de la Lengua Vasca, proceso acentuado por las investigaciones posteriores, que se han sintetizado en el conocido mapa de UNTERMANN (1965: 17) y que confirman la onomástica (UNTERMANN 1965; ALBERTOS 1983: 864 s.; 1987) y la antigua toponimia indoeuropea (DE HOZ 1963; VILLAR 2000: 285; VILLAR y PRÓSPER 2005).

Sin embargo, los ingenuos presupuestos fundamentados en las poco científicas tesis goropianistas del siglo XVIII han constituido las bases, inconscientes o conscientes, para los modelos inter-

pretativos de la Prehistoria del País Vasco desde sus inicios en el siglo XIX hasta la actualidad, según la cual “los vascos se consideran fósiles de una raza pre-aria, que se refleja en la Arqueología” (Ortiz de Urbina 1996: 296, n. 965). Esta creencia se ha mantenido durante muchos años como un axioma y ha pasado a la sociedad, pero el problema surge cuando los restos aportados por la Arqueología han confirmado el carácter mítico de esa afirmación, que hoy resulta evidentemente caduca. La única alternativa hay que buscarla en una correcta comprensión de los datos que hoy ofrece la Paleoetnología, que revela la existencia de un lógico proceso de etnogénesis compleja, modelo teórico alternativo y más eficaz para explicar los problemas que ofrece la Prehistoria del País Vasco, frente a los que hasta ahora se han mantenido.

Todavía hay que hacer una última consideración metodológica. Como consecuencia de la visión simplista y uniforme propuesta por el vasco-iberismo, la Prehistoria del País Vasco se ha planteado y considerado uniforme, como lo sería su lengua y, por supuesto, su antropología, en la que los elementos extraños al concepto teórico eran explicados como debidos a “invasiones”, por ejemplo, los topónimos indoeuropeos de ríos como el Deva, Nervión o Cadagua.

Esta visión cada día encuentra mayores problemas ante los avances de la Arqueología, la Lingüística y la Antropología, ya que la visión uniforme y “aislacionista” de la Prehistoria del País Vasco ha quedado reducida a otro mito. Además de que resultaría hiperevolucionista, entra en contradicción con todo lo que se sabe de la evolución de los pueblos y las culturas protohistóricas no sólo de la Península Ibérica, sino de toda Europa, el continente donde la investigación es más intensa y eficaz. Por otra parte, dicho marco interpretativo ya hace años que quedó superado, al menos desde los años 1970, tras los magníficos trabajos de campo de JOSÉ M^a APELLÁNIZ para la Edad del Bronce (1973, 1974, 1975) y los de ARMANDO LLANOS para la Edad del Hierro en Álava (LLANOS & FERNÁNDEZ MEDRANO 1968; LLANOS 1981, 1983; 1992). Estos estudios evidencian dos grandes zonas geográficas en el actual País Vasco, rompiendo su supuesta unidad, aunque este hecho esencial nunca se ha llegado a interpretar ni histórica ni étnicamente ni se ha integrado en una visión de conjunto. A ello se suma la Lingüística, que documenta la presencia de un substrato indoeuropeo muy antiguo, por ejemplo en la hidronimia (DE HOZ 1963; VILLAR 2000; VILLAR y PRÓSPER 2005).

También la Antropología parece rechazar el supuesto "aislamiento" durante la Prehistoria (BARANDIARAN & VEGAS 199: 281 s.), como confirman los análisis de ADN (FERNÁNDEZ *et al.* 2000). RUA (1990: 215) ya señaló que, en el Paleolítico, "los conocimientos actuales sobre dichos materiales antropológicos atenúan significativamente la base argumental de tales presupuestos, dado que carecemos de datos que permitan afirmar la existencia de características "étnicas" diferentes en época paleolítica" y tampoco son seguros los restos neolíticos, pues, "desde los primeros estudios de Antropología prehistórica, se puso en evidencia la existencia de diversos grupos antropológicos en el territorio que abarca el País Vasco" y, en concreto, "La presencia de un substrato mediterráneo en las regiones más meridionales del País, ha sido verificado por múltiples autores", ya que únicamente en la zona húmeda pirenaica "se muestran con mayor intensidad los rasgos antropológicos característicos de los vascos", que se distribuyen en las dos vertientes del Pirineo Occidental, hasta Aquitania y el valle de Arán (ALCOBÉ 1976).

Por otra parte, el esquema unitario supuesto de la Prehistoria del País Vasco se contradice con la propia Geografía (URZAINKI (ed.), 1995). En ella se reconocen a grandes líneas 4 regiones geográficas diferenciadas, al margen de las divisiones administrativas actuales, anacrónicas para la Prehistoria: una Cantábrica, al Oeste; el Valle del Ebro y la Llanura Alavesa, al Sur; otra es la zona Guipuzcoano-Pirenaica; otra, situada al norte de los Pirineos, corresponde a la cubeta Aquitana. En consecuencia, se trata de una de las áreas más variadas de toda la tan diversa Península Ibérica e, incluso, me atrevería a decir, de toda Europa. Pero a este hecho hay que añadir otras dos características de gran importancia para comprender el desarrollo etno-cultural: uno, es la fragmentación o articulación orográfica, que acentúa la diversidad señalada; otra, que contrapesa la anterior, es que ocupa una zona de paso obligado entre Hispania y las Galias y entre el Valle del Ebro y la Cornisa Cantábrica. Por tanto, a pesar de su fragmentación, es zona abierta a los cambios que afectan a la Península Ibérica y a todo el Sudoeste de Europa.

Estos hechos tienen gran trascendencia. Cultura y medio ambiente están profundamente interrelacionados. La cultura es la capacidad de interacción del hombre sobre el medio ambiente para aprovecharlo en su beneficio. Por lo tanto, un medio ambiente tan diferenciado debe dar como resultado fuertes variaciones culturales y, en con-

secuencia étnicas, a pesar de la aparente proximidad geográfica. Además, si esas zonas resultan más afines a otras de las que forman parte desde un punto geográfico, es lógico suponer que también se integren con ellas desde un punto de vista cultural y étnico, es decir, teóricamente, deben formar parte del sistema cultural y étnico correspondiente, en especial en procesos de larga duración, como son los prehistóricos. Partir de un modelo distinto es ir contra todas las evidencias y sólo se explica por las razones historiográficas antes apuntadas, paralelas a las ya criticadas en la construcción históricas (DUPLA & EMBORUJO 1991; Ortiz de Urbina 1996). En este hecho parece estar la causa de la actual falta de estudios sobre etnogénesis en el País Vasco, a pesar de que es, precisamente, donde la sociedad está aparentemente más interesada en estos temas.

Como alternativa, hay que considerar que los hallazgos arqueológicos y demás fenómenos culturales que éstos documentan forman parte de un mismo sistema cultural, en el que quedan integrados y en el que se explican los datos de cultura material y de economía, así como los de organización social e ideológica, más los de lengua y antropología cuando son conocidas (CLARKE 1978: 299 s.). Pero hay que tener siempre en cuenta que estos elementos están en cambio continuo, sea éste más o menos intenso y perceptible, por lo que constituyen subsistemas evolutivos independientes, aunque estén interrelacionados entre sí, con el medioambiente y con otros sistemas culturales con los que ineludiblemente entran en contacto a lo largo del devenir histórico. En una palabra, los subsistemas pueden cambiar o permanecer inalterados, uno a uno o varios a la vez, cambiar aisladamente o en correlación con fenómenos exteriores, de forma acelerada o en procesos de larga duración. Si se aplica este modelo al complejo marco geográfico señalado, la posibilidad de ofrecer una visión simple y homogénea como la hasta ahora existente, resulta muy remota.

Por otra parte, a pesar de que todo hecho histórico, como los que documenta la Arqueología, es en sí irreplicable y por tanto, se debe explicar en sí mismo, y a pesar del posible aislamiento más aparente que real de algunas áreas, totalmente inexistente en otras como Álava, la interpretación histórica del sistema cultural exige integrarlo en fenómenos generales para poder valorar la evolución peculiar de zonas limitadas en visiones de conjunto, en este caso a escala de la Península Ibérica y de toda Europa. Este procedimiento es esencial para comprender las lógicas interconexio-

nes que ofrecen los procesos culturales del País Vasco con el resto de la Península Ibérica y de la Europa Occidental.

Son probablemente estas dificultades, más que las que ofrecen los datos conocidos o la carencia de ellos en algunos casos, lo que ha motivado que todavía no se haya encontrado una interpretación alternativa al modelo mítico hasta ahora utilizado para explicar la Prehistoria y el origen de los Vascos, a pesar de que ha quedado caduco, pues está en contradicción con los claros avances logrados en estos campos de estudios en los últimos años.

La falta de interpretaciones válidas para la Prehistoria del País Vasco hace que resulte una de las más difíciles y "atrasadas" de Europa a la hora de explicar sus fenómenos culturales. Sin embargo, son evidentes los avances logrados en los últimos 30 años en la Arqueología y la Lingüística y, en menor medida, también en la Antropología, aunque la crisis interpretativa señalada hace que los estudios analíticos y descriptivos predominen sobre las interpretaciones.

Para avanzar en este problema no se pretende aquí ofrecer una respuesta definitiva, pero sí abrir un debate enriquecedor. Para ello, la alternativa más lógica parece ser el método utilizado con éxito comprobado en estos últimos años para avanzar en la comprensión de los fenómenos de etnogénesis de los pueblos prerromanos de *Hispania*. Este método consiste en profundizar en el conocimiento de la secuencia cultural de la zona en estudio interpretada como un sistema cultural en dinámica diacrónica y abierta a otras áreas (o sistemas) con las que pudiera ofrecer interacciones, integrando en dicho sistema no sólo los elementos de cultura material, sino los sociales e ideológicos, así como los lingüísticos y antropológicos si los hubiere. Los resultados hasta ahora obtenidos en otras áreas de la Península Ibérica hacen interesante aplicar este método también para explicar la etnogénesis del mundo vasco.

Datos actuales y nuevas interpretaciones: Calcolítico

El Calcolítico (ca. 4000-2000 a.C.) supuso en la Península Ibérica un claro aumento demográfico en todas las regiones, que produjo una saturación de población que trajo como consecuencia la colonización completa del territorio, por lo que parece constituir por doquier el substrato de la población actual, lo que permite considerarlo como punto de partida para este análisis. Esta situación sería con-

secuencia de la denominada "revolución de los productos secundarios", que aseguró una mejor subsistencia, clave de estos cambios culturales y demográficos. Este desarrollo económico y demográfico debió ir asociado a mayor complejidad social, como en otras áreas de Europa, y a la aparición de jerarquías en la sociedad, ya estructurada en territorios definidos, ideológicamente simbolizados en los dólmenes como elementos identificadores del grupo social.

Para periodos previos, cualquier ensayo de interpretación resulta actualmente muy especulativo. Pero al Calcolítico ya pudieran remontarse algunos testimonios lingüísticos de la Toponimia, cuyo estudio ofrece una información de gran interés, aunque limitada. Lo mismo cabe señalar de los estudios de antropología física, escasamente desarrollados, aunque en estos últimos años vuelven a despertar atención ante los avances de los análisis del ADN. Pero su aplicación a estos periodos es todavía muy limitada, aunque suponen hacia el futuro otro elemento que permitirá contrastar las hipótesis de arqueólogos, antropólogos y lingüistas.

La fijación de las poblaciones en sus territorios contrasta con el aumento de los contactos externos, que debió repercutir en la llegada de nuevas ideas y gentes, favoreciendo la introducción de cambios etno-culturales. El mejor documento de este creciente desarrollo de contactos es el Vaso Campaniforme, extendido en un periodo relativamente breve desde Hungría hasta el Atlántico y desde Escocia a Andalucía, Sicilia y el Norte de África. Cualquiera que sea el origen y la explicación que se adopte para el Campaniforme (HARRISON 1980; GUILAINE 1984; NICOLS (ed.) 2001), supondría también la llegada de nuevas gentes e ideas sociales y religiosas, llegadas desde Europa Occidental, aunque su posible origen pudiera estar en las lejanas estepas euro-asiáticas. Con ellos aparecen elites guerreras y pastoriles asociadas a la metalurgia como elemento de prestigio, que se generaliza a partir de entonces durante la Edad del Bronce. Su mejor reflejo es un rito de tumba individual con armas que sustituye a los enterramientos colectivos anteriores, en ocasiones reutilizados. Pero el Campaniforme pudo suponer también la introducción de lenguas y creencias indoeuropeas en Europa Occidental (GALLAY 2001), que parecen conformar el substrato más antiguo del que se habrían originado posteriormente los pueblos y lenguas "Celtas", conocidos un milenio más tarde en Europa Occidental a través de los autores clásicos. Pero tales cambios, a pesar de su evidencia

casi repentina, no debieron responder a grandes migraciones, pues, en todo caso representarían grupos minoritarios desde un punto de vista demográfico.

Este fenómeno campaniforme se documenta por todas las regiones de la Península Ibérica a partir de la primera mitad del III milenio con una intensificación de los contactos externos, sin precedentes en etapas anteriores. Con estos contactos cabe relacionar los análisis de ADN prehistóricos, que también parecen rechazar la visión de "aislamiento" durante la Prehistoria. En el País Vasco se conocen más de 75 hallazgos campaniformes (ALDAY 1999; id. 2001), que no ofrecen diferencias con los de las regiones de su entrono, aunque perfilan claramente un País Vasco Húmedo al Norte, vinculado al mundo Atlántico, y otro País Vasco Meridional, vinculado a la Meseta y al Valle del Ebro desde el Neolítico (ALDAY 1999: 181). El citado número de hallazgos permitiría calcular un mínimo de 75000 objetos campaniformes si se supone, con optimismo, que se haya conservado al menos el 1/1000 de los originales, cantidad que representaría, aproximadamente, más de 100 objetos/año. Dada la baja densidad de población de la época, es impensable que los introductores de tal número de objetos no hubieran dejado huella cultural y étnica, especialmente en procesos de larga duración, como son los prehistóricos. Por ello, de este substrato campaniforme pudieran proceder el substrato indoeuropeo muy antiguo que se refleja en la hidronimia de ríos como el Deva o el Plencia, en muchas creencias consideradas "vascas" con cierto sentido goropianista, incluso alguna tan emblemática como el "Árbol de Guernica" (CARO BAROJA 1974: 355 s.), que documenta la bien conocida tradición indoeuropea, característica entre los celtas (id., 339 s.), de la sacralidad del roble como manifestación de la divinidad, de la que derivaba su función como lugar de reunión sacro-jurídica.

En el País Vasco, el campaniforme marítimo aparece como primer horizonte en las áreas atlánticas, como Echaúri, con el que se asocian los botones de tortuga de Kobeaga y algunas importaciones, como las hachas de combate de Balenkaleku (Navarra), cuyos paralelos, que se extienden desde Europa Oriental hasta el Atlántico, aparecen en Teverga (Asturias), en el Horizonte Rechaba de Galicia, en Solosancho (Ávila) y en Plasencia (Cáceres). Campaniforme C/ZM, probablemente originario de Centroeuropa, aparece en Atalayuela, Gorostorián y Pagobakoitza. El mismo origen parece tener el Campaniforme atlántico

AOC, presente en las cuevas de Lumentxa y Santimamiñe. Por el contrario, puntas de Palmela, cuyo probable origen está en la Estremadura portuguesa, se han hallado, por ejemplo, en Obionete y Sakulo, en el Roncal. En Sakulo y Echaúri han aparecido botones Dufort y piramidales, mientras que los cónicos, frecuentes en el Alto Valle del Ebro, aparecen también en Kobeaga. A su vez, el estilo de Ciempozuelos predomina casi exclusivamente en la zona meridional, evidenciando su relación con la Meseta. Esta visión, aunque parcial, manifiesta la plena incorporación de todo el País Vasco al proceso Campaniforme generalizado por toda Europa Occidental. Estos hallazgos parecen más intensos en las áreas meridionales, la actual Provincia de Álava, de donde procede el 75 % de los hallazgos, zona que evidencia una clara relación con el Valle del Ebro y en especial con la Meseta, lo que indica que la diferenciación entre las áreas atlánticas y la cuenca del Ebro dentro del País Vasco ya se dejaba sentir desde el Calcolítico (ALDAY 1999).

Con el Vaso Campaniforme llegarían conjuntamente, por formar parte de su sistema cultural, el rito de enterramiento individual, un claro predominio guerrero y masculino, probablemente asociado al antepasado como héroe fundador del grupo humano, y creencias solares cuya continuidad hasta el Bronce Final documentan los cuencos de la Peña de Axtroki, en Bolívar, Guipúzcoa, así como, con alta probabilidad, una lengua indoeuropea, extendida hasta los límites del Atlántico, que se refleja en la hidronimia de los ríos principales, el Deva, el Nervión, el Cadagua o el Plencia, y en orónimos como Cantabria (ALMAGRO-GORBEA 2001).

Edad del Bronce

La Edad del Bronce arranca del substrato Campaniforme, generalizado por todas las áreas de la Península Ibérica hacia el 2000 a.C., y finaliza en los procesos formativos de la etnias prerromanas de la Edad del Hierro hacia el paso al I milenio a.C., que, lógicamente, retrotraen sus raíces hasta la Edad del Bronce (ALMAGRO-GORBEA 1997).

En el desarrollo de la Edad del Bronce hay que tener presente la gran diversidad que ofrece la Península Ibérica, mayor que la de muchas otras áreas de Europa, al acentuarse la diferenciación en sentido Norte-Sur y en sentido Mediterráneo-Atlántico, graduada por la gran Meseta Central, que actúa como centro de contacto y de difusión de los influjos recibidos hacia las regiones periféricas. Pero no se debe olvidar que la Edad del Bron-

ce debió componer un “mosaico” interétnico, en sentido espacial, social y cultural, hoy día difícil de conocer y casi de imaginar.

En el País Vasco, siguiendo la diferenciación ya señalada en el Campaniforme, se diferencian con nitidez dos grupos culturales bien identificados desde los años 1970 por APELLÁNIZ: el septentrional de Santimamiñe (1975), relacionable con la Cantabria oriental, y el de Los Husos, meridional y más abierto a la Meseta y al Valle del Ebro (APELLÁNIZ 1974: f. 1). Ambos tienen su base en el substrato local, pero ofrecen una fuerte base geográfica y marcan una división en el País Vasco patente hasta nuestros días. En ellos perdura la tradición arcaizante de habitats en cuevas y el uso de cerámicas locales decoradas con digitaciones y cordones entre las que se advierte concomitancias nordpirenaicas. El metal es raro, como algún hacha de tipo Cabrales en Cantabria o Barcelos en el País Vasco (MONTEAGUDO 1977). Por el contrario, la cuenca del Ebro ofrece influjos de la Meseta, pues en cuevas y basureros aparecen, tras las cerámicas campaniformes, cerámicas de Cogeces (Mendizorra) y Cogotas I (Berbeia, Solacueva, etc.), con contactos que se incrementan paulatinamente (Abarquero 2005: 112 s.).

El estudio de la Edad del Bronce en el País Vasco exige enmarcarlo en las diversas corrientes culturales que afectan de diverso modo a las distintas áreas de la Península Ibérica, contribuyendo a su diversificación (ALMAGRO-GORBEA 1986: 344-347; ALMAGRO-GORBEA y RUIZ ZAPATERO 1993: 478) y que suponen un *crescendo* de los contactos documentados desde la época campaniforme.

De particular importancia en este período fueron los influjos atlánticos, que afectaron en la Península Ibérica a sus áreas septentrionales, occidentales y de la Meseta, reforzando el substrato atlántico ya patente en el mundo megalítico y campaniforme. Otra corriente, en esta etapa menos perceptible, es la mediterránea, más atenuada en estas zonas, aunque algunos de sus elementos llegaron hasta el Atlántico. Más evidente es la corriente ultrapirenaica, pues cerámicas pelliscadas se extienden desde el Garona al Valle del Ebro y Cantabria (COFFYN 1985, mapa 5), con una repartición que parece complementaria de los vasos polípodos de la cubeta oriental del Garona y del Pirineo septentrional (COFFYN 1985, mapa 6; GASCO & CARROZA, 1989: 406), así como de las cerámicas de Cogotas I de la Meseta (ABARQUERO 2005: 112 s.), salvo en la zona alavesa riojana, donde parecen coexistir ambas. Aunque estas cerámicas representan un elemento aislado, pudieran indicar

un amplio substrato cultural, tanto más interesante por ser de tipo doméstico y, por ello, probablemente asociados a tradiciones transmitidas por las mujeres, a lo que se añade el uso ritual de las cuevas por todas esas zonas a ambos lados de los Pirineos (ALMAGRO-GORBEA 1976; APELLÁNIZ 1973 GASCO & CARROZA, 1989: 416).

Los escasos pero característicos bronceos conocidos confirman estos contactos atlánticos. Del Bronce Antiguo son el hacha de Doñana, en Treviño, de un tipo originario de tierras de León (MONTEAGUDO 1977, tipo 9B, nº 624a), mientras que dos hachas de Marquina y la de Gardalegui, Álava, parecen del Alentejo (id., tipo 9A, nº 608-609 y 10B, nº 946). Del Bronce Medio son las de Sedano, Los Husos y Navarra, de tipo 11C (id., nº 728-731), quizás originario de Tras os Montes. Del Bronce Atlántico Final son escasos los ejemplares conocidos: dos hachas de tope tipo Oviedo D, de Aralar y de Treviño (id., tipo 32B, nº 1214, BF III), alguna punta de lanza y la empuñadura de espada pistiliforme de Solacueva, en Álava (LLANOS 1972: fig. 4a), del Bronce Final II, más una azuela del Bronce Final de Estella (MONTEAGUDO 1977: tipo 20A1, nº 831). A estos instrumentos de bronce se añaden los casquetes de oro de Axtroki (BARANDIARAN 1973; ALMAGRO-GORBEA 1974), cuyo mejor paralelo es el casco de Rianxo, en La Coruña (KRUTA, 1992: 153-154), todos ellos característicos de creencias y usos sociales del Bronce Final Atlántico con evidentes paralelos en el Centro y Norte de Europa (MENGHIN & SCHAUER 1977; Éluere 1982: 156 s., fig. 160).

Por ello, resulta evidente que el País Vasco también formaba parte del llamado mundo atlántico (RUIZ-GALVEZ 1984; id., 1998; COFFYN 1985; CUNLIFFE 2001), que desarrolló una creciente vocación ganadera que entrañaría mayor movilidad, aunque no sociedades itinerantes. En este Bronce Atlántico la huella de un substrato campaniforme es muy perceptible por todas las áreas atlánticas de la Península Ibérica, la “Iberia atlántica”, desde las regiones Occidentales de la Península Ibérica hasta el País Vasco Septentrional, entre las estribaciones de los Pirineos (APELLÁNIZ 1974; id. 1975) y la Cordillera Cantábrica (BLAS CORTINA 1983), más pobre en objetos de bronce identificativos y, aparentemente, más conservadora y que parece haber seguido una evolución más autónoma y peculiar, lo que dificulta su enmarque cultural frente al complejo mundo de Cogotas I en la Meseta que alcanza de pleno el País Vasco meridional (LLANOS & FERNÁNDEZ MEDRANO 1968; ABARQUERO 2005: 112 s.).

En efecto, a lo largo del II milenio a.C., las áreas meridionales aparecen ocupadas por los llamados campos de "hoyos" o de "fondos de cabaña" correspondientes a la Cultura de "Cogotas I" (ABARQUERO 2005: 112 s.), caracterizada por pobres poblados de llanura y raramente en lugares elevados, evidenciados por basureros con restos de huesos, cerámicas incisas, excisas y toscas de almacén, con una economía agrícola y ganadera con predominio de ovicápridos que permite suponer una trashumancia local montaña-llano, que se ha considerado itinerante debido a la endeblez de sus estructuras. A esta cultura hay que atribuir los llamados "depósitos en hoyos" de Álava (LLANOS & FERNÁNDEZ MEDRANO 1968; LLANOS 1992) y la tradición de cultos en cueva desarrollados desde la Meseta (APELLÁNIZ 1973; LLANOS 1963) a Cantabria (ALMAGRO-GORBEA 1976), cultos que se extendían por el Suroeste de Francia (GÓMEZ DE SOTO 1980; GÓMEZ & PAUTREAU, 1988), lo que pudiera evidenciar un amplio substrato ideológico por esas regiones atlánticas.

Esta Cultura de Cogotas I procedería del substrato calcolítico del Centro de la Península Ibérica y que se vio modificado por el Campaniforme, pero, a partir de fines del II milenio a.C., los crecientes elementos metálicos del Bronce Atlántico (RUIZ GALVEZ 1984; COFFYN 1985) evidencian su plena integración en dicho círculo cultural (ALMAGRO-GORBEA 1986: 373-5; DELIBES - FERNÁNDEZ MANZANO 1991).

A su vez, las características que ofrece la Cultura de Cogotas I y su dispersión (Abarquero 2005), permiten relacionarla con elementos ideológicos, sociales y lingüísticos que conforman un sistema cultural de tipo indoeuropeo muy arcaico (ALMAGRO-GORBEA 2001) extendido por las áreas septentrionales, occidentales y centrales de la Península Ibérica. La aparente relación entre documentos arqueológicos, epigráficos, religiosos y lingüísticos permiten atribuirlos al sistema cultural que conforma la tradición etno-cultural del Bronce Final Atlántico. Esta tradición perduró hasta la Edad del Hierro y, en algunos casos, hasta la romanización de esas regiones, por lo que cabe relacionarla con poblaciones ya documentadas por los historiadores y geógrafos romanos, como Vaceos, Vettones y Carpetanos, junto a los Lusitanos, Galaicos, Astures y Cántabros y, probablemente los habitantes del País Vasco, Autrigones, Caristios, Várdulos, más los Berones de La Rioja, gentes entre las que se contaban algunas poblaciones que ESTRABÓN (3,3,6-7) consideró las más primitivas de Hispania. Estas gentes forman

parte de los pueblos de cultura céltica, aunque todos ellos se diferencian de los Celtíberos, pues su origen es claramente anterior y paralelo a la cultura céltica centroeuropea de la Edad del Hierro.

A este substrato atlántico corresponden creencias y ritos asociados al armamento como símbolo de una clase guerrera, al enterramiento individual, probablemente asociado a la heroización del antepasado, y al culto solar, elementos que pudieran proceder sin solución de continuidad del citado substrato campaniforme. En efecto, las cerámicas de Cogotas I (ABARQUERO 2005) coinciden con bastante aproximación con las ofrendas de armas a las aguas (1996), con el culto a las peñas (ALMAGRO-GORBEA 1996; *id.* y JIMÉNEZ 2000) y con arcaicas divinidades (de Hoz 1986) de tipo céltico (Olivares 2000), no celtibérico, pero sin el rito de cremación de los Campos de Urnas (RUIZ ZAPATERO 1984) y de los Celtíberos (RUIZ-ZAPATERO y LORRIO 1999), lo que indica una concepción religiosa anterior a dicha cultura. Por todo ello, la lengua de estas gentes se podría identificar con una lengua indoeuropea arcaica, como la conocida como "Lusitano" (TOVAR 1985; GORROCHATEGUI 1987), asociada a topónimos y elementos ideológicos y sociales que evidencian un auténtico substrato etno-cultural "protocéltico" del Bronce Atlántico.

Dentro de este marco cabe interpretar los depósitos de espadas de Cuevallusa y Entrambasaguas (ALMAGRO-GORBEA 1976), en Cantabria, así como quizás la espada de Solcueva, en Álava (LLANOS 1972: fig. 4a), como indicios de cultos rituales guerreros en cueva. A este substrato pudieran pertenecer también divinidades de las aguas, especialmente de fuentes, ríos y lagos, que en el mundo indoeuropeo simbolizaban el paso al Más Allá, cuyos nombres han conservado hidrónimos protocélticos, como Deva, Navia, etc. (de Hoz 1963; *id.* 1986), cuya dispersión alcanza desde Galicia y Guipúzcoa a Riodeva, en Teruel. También por toda la Hispania indoeuropea se documenta un culto solar asociado a peñas onfálicas que llega desde el Occidente hasta el Ebro y el Guadalquivir (ALMAGRO-GORBEA y JIMÉNEZ 2000). En Ulaca, Avila, tiene una clara función topo-astronómica, como en Axtroki, Bolívar, donde su carácter ritual queda confirmado por dos casquetes de oro del Bronce Final decorados de clara simbología solar (ALMAGRO-GORBEA 1974: 87); en Peña Tú, Asturias, la peña se asocia a la representación del ídolo dolménico y a una puñal campaniforme, lo que indica el origen de estas piedras "sacras", y en Peñalba de Villastar, Teruel, se asocia a un santuario probablemente solar con inscripciones célticas (MARCO

1986). Estas peñas sacras parecen ser puntos axiales del mundo indoeuropeo, con funciones de "altares" como evidencia la inscripción de Cabeço das Fragoas (TOVAR 1985; DE HOZ 1986: 48), referente a sacrificios ancestrales de toro, oveja y cerdo, seguramente para la purificación colectiva del territorio, comparables al *sautramani* indio y al *suovetaurilia* romano (DUMÉZIL 1977: 216 s.). Su carácter augural y de calendario topo-astronómico parece evidente en Peñalba, pero también en Ulaca, orientada al mediodía y al pico más alto de la Sierra de la Paramera, función que también parece haber tenido la peña de Axtroqui, situada en el centro del Valle de Bolívar, junto a una Ermita de San Miguel, que alude al equinoccio de septiembre, fecha esencial para la ganadería, y dominada al Sur por un alto monte cuya festividad es el 1 de Mayo, la fiesta celta de Beltain, lo que confirmaría su función de calendario y su relación con la religión celta. Con este culto solar podrían relacionarse fiestas tradicionales vascas y, según recientes teorías, también el calendario (CARO BAROJA 1984: 87 s.), muy similar en su funcionamiento al celta, lo que permite pensar en influjos de éste último (TORRES 2005: 261 s.). De este mismo substrato parecen proceder también otras creencias profundamente arraigadas en el sistema ideológico vasco, como la sacralidad de las aguas o de ciertos robles o encinas considerados símbolo de la divinidad (CARO BAROJA 1974: 339 s.). Este es el origen del roble de Guernica, del árbol de la Virgen de la Encina de Arciniega, en el Valle de Ayala y de otros casos conocidos (*id.*, 366-367), que quizás tengan su precedente en el árbol que pudo haber constituido el centro del santuario de Gaztiburua, en Vizcaya (VALDÉS 1987), pues el *Quercus* era el símbolo del *axis mundi* entre los indoeuropeos, punto de vinculación de cielo, tierra e infierno, lo que explica su carácter sacro y de manifestación de la divinidad, de lo que procede su carácter de lugar de reunión sacra con funciones legislativas.

En la organización socio-económica de esta arcaica sociedad "proto-celta" las mujeres se ocupaban del campo y la casa, según cuentan JUSTINO (44,3,7) y ESTRABON (3,4,17-18), mientras que los hombres se dedicaban a la guerra, la caza y la ganadería. Además, se conservaría la explotación colectiva de la tierra, como entre otros pueblos indoeuropeos, aunque ésta puede ser una costumbre generalizada entre las sociedades campesinas primitivas, antes de la aparición de la propiedad privada, asociada al sistema gentilicio y clientelar, que sólo parece generalizarse en la Edad del Hierro, probablemente ya por influjo celtibérico.

El Bronce Final y la Edad del Hierro

Al llegar el último milenio a.C. los contactos de unas regiones de la Península Ibérica con otras se incrementaron y, al mismo tiempo, cristalizan los procesos de etnogénesis del substrato de la Edad del Bronce, dando lugar a los pueblos prerromanos descritos por los historiadores griegos y romanos.

En este último milenio a.C. se acentúan las tres grandes corrientes culturales citadas que afectan a la Península Ibérica y, dentro de ella, al País Vasco, aunque su actuación sea diversa en cada zona según su situación geográfica y la capacidad de asimilación de su substrato cultural. Los influjos atlánticos, que se remontan al megalitismo y a la Edad del Bronce de todas las regiones ribereñas atlánticas del Occidente de Europa, tienden a decrecer. Pero su tradición se mantenía entre los pueblos del Norte, desde los Galaicos, Astures y Cántabros a los Bárdulos y Autrigones del País Vasco, con una sociedad ancestral, atrasada para su época, como indica ESTRABON (III,4,17 s.). Su estructura social se basaba en la familia y en clases de edad, organización que explica su ruda oposición a Roma. Por ello fueron los Cántabros, a pesar de su escaso desarrollo, quienes ofrecieron la última y más enconada oposición a Roma, que sólo logró dominarlos tras una auténtica guerra de exterminio que duró 20 años (PERALTA (ed.) 1999), pues se trataba de un pueblo montañoso de estirpe indoeuropea muy primitiva y por ello refractario a cualquier tipo de organización civilizada como la que suponía Roma. Pero a partir del siglo I d.C. la Romanización se había afirmado por todas estas tierras septentrionales de la Península Ibérica, hasta el punto de que Álava es la provincia que ofrece un número más elevado de inscripciones romanas por km² de toda España (ABASCAL 2002: 271), indicio evidente de la profunda romanización de Bárdulos y Caristios.

Frente a la tradición atlántica, otra corriente etno-cultural estaba representada por la Cultura de los Campos de Urnas, llegada desde Europa Central a través de los Pirineos, especialmente por los pasos orientales, desde fines del II milenio a.C. (RUIZ ZAPATERO 1984). Estas gentes se establecen en el cuadrante Nordeste asimilando completamente el substrato de la Edad del Bronce con importantes cambios en la cultura material y en la organización social, ideológica y lingüística, pues por esta vía, hasta la conquista de las Galias por Cesar, penetraban poblaciones de tipo celta.

Su influjo alcanzó plenamente al País Vasco por 3 vías distintas, lo que supone otros tantos

componentes étnicos, aunque estuvieran lejanamente relacionados entre sí, lo que da idea de la complejidad de los fenómenos de etnogénesis. Una procedía del avance de los Campos de Urnas Ebro arriba, hasta alcanzar la Rioja y la llanada Alavesa, proceso que parece obedecer a una progresiva colonización agrícola con un fuerte impacto demográfico (RUIZ ZAPATERO 1984). Pero al Este de Zaragoza no se conocen necrópolis hasta la Edad del Hierro (*id.*, 555 s.), lo que indica la formación de culturales híbridas. Estas culturas ofrecen cerámicas y ritos de los campos de Urnas del NE de la Península Ibérica, como la costumbre atestiguada en diversas culturas mediterráneas de enterramientos infantiles en las casas (*Serv. Ad Aen.* 5,64; ALMAGRO-GORBEA & MONEO 2000: 158 s.), en los que pudiera estar el origen de la tradición vasca de enterrar a los neonatos no bautizados bajo el alero de las casas (BARANDIARAN 1972: 415). El mismo origen parecen tener los morillos votivos, objetos del culto al hogar doméstico gentilicio (ALMAGRO-GORBEA & MONEO 2000: 130 s., fig. 67). Con estos elementos arqueológicos también se podría considerar la introducción de algunos topónimos indoeuropeos extendidos a lo largo del Valle del Ebro que alcanzan el País Vasco, recientemente documentados por VILLAR (2000: 140, 285; VILLAR y PRÓSPER 2005), sin excluir que alguno de ellos corresponda al substrato anterior de tradición campaniforme. Junto a estos elementos, pervivían otros del substrato atlántico, como la metalurgia y las casas redondas, probablemente llegadas desde la Meseta, como las que aparecen en los castro de Peñas de Oro (UGARTECHEA *et al.* 1971) y Henayo (LLANOS *et al.*, 1975: 122 s.; LLANOS, 1981). Estas gentes del Bronce Final constituyen la base de poblados estables, que reflejan tanto influjos de la cultura meseteña de Soto de Medinilla (DELIBES *et al.* 1995: 59 s.) como de la de Cortes de Navarra (MALUQUER 1958; RUIZ ZAPATERO 1984: 593 s.), procedente del Valle del Ebro, pero a éstos se sumaban elementos de la Edad del Hierro de Aquitana llegados de más allá de los Pirineos (COFFYN 1974; MOHEN 1980: 59 s.), como espadas de antenas (CASTIELLA & SESMA 1989) y fíbulas de resorte bilateral, mientras que cerámicas grafitadas (OLAETCHEA 2000: 80 s.) pudieran proceder del Centro de las Galias y explicar la presencia del topónimo *Bituris* (Ptol. II,6,66; cf. BERROCAL 1992: 68, fig. 7; *contra*, VILLAR 2000: 196 s.).

Contemporánea a estos procesos es la penetración de gentes de los Campos de Urnas del Ebro Medio en las altas tierras del Sistema Ibérico, donde dieron lugar a una sociedad pastoril

y guerrera que conocemos como Celtíberos (LORRIO 2005; RUIZ ZAPATERO & LORRIO 1999). Estos eran de etnia, cultura y lengua celta, como la mayor parte de la población indoeuropea del Occidente de Europa. A su lengua y su organización social e ideológica celta, a lo largo del I milenio a.C., se sumó un fuerte influjo mediterráneo o "iberización" de sus formas culturales, adquiriendo el hierro, la cerámica a torno y más tarde, la escritura y la moneda y el urbanismo, por el que griegos y romanos los denominaron "celtíberos" que significaba "celtas de Iberia", pero que también resaltaba su personalidad etnocultural (LORRIO 2005).

Los Celtíberos, a partir del siglo VII a.C., ofrecen el rito de incineración y culto al hogar doméstico que reflejan un sistema social gentilicio y clientelar (ALMAGRO-GORBEA 1999), además de un urbanismo en aldeas fortificadas o castros con casas alineadas en torno a una calle central que controlaba sus pequeños territorios (*id.*, 1994). Estos elementos indican que Celtíberos e Iberos septentrionales compartían raíces comunes de los Campos de Urnas (RUIZ ZAPATERO & LORRIO 1999). La asimilación del hierro para el armamento, abundante en sus tierras, y su sistema socio-económico de pastores-guerreros, al adoptar una organización gentilicia y clientelar, les permitió una fuerte expansión hacia el Occidente y el Norte atlánticos y hacia el Valle del Ebro, basada en su estructura clientelar guerrera, con la que se enfrentaron a Roma, que sólo pudo someterlos tras duras guerras, que se prolongaron durante más de un siglo. Esta organización supuso una creciente conflictividad a causa del aumento demográfico favorecido por los cambios en el sistema productivo originarios de los Campos de Urnas, lo que exigía y favorecía la aparición de las nuevas estructuras sociales como el sistema gentilicio, la clientela y, finalmente, la propiedad privada (ALMAGRO-GORBEA 1999).

El influjo más o menos directo de los Celtíberos alcanzó a todo el País Vasco, como a otras tierras de sus entornos. Se refleja en la aparición de *oppida* que jerarquizan el territorio y castros que controlan valles y puntos de paso, probablemente asociados a la paulatina introducción de su sistema gentilicio de elites ecuestres, bien documentado en Álava, aunque probablemente en fecha más tardías también fue asimilado en el área septentrional cantábrica, en un proceso similar al observado entre Cántabros y Astures. A estos elementos se añaden, a partir de fechas que parecen tardías, la aparición de claros elementos relacionados con las Cultura Celtibérica e, incluso, con el

mundo vacceo, que prosiguen tradiciones anteriormente documentadas por las casas redondas y las cerámicas del Hierro I, pero que ahora pudieran explicarse por contactos o por expansión de las nuevas elites ecuestres. Este proceso de celtiberización es evidente en Álava, donde se hablaría y se llegó a escribir en Celtibérico, según evidencian las téseras de La Custodia, Viana (UNTERMANN 1997: 696 s.), mientras que las necrópolis como las de Berreaga y Carasta en Álava confirmarían la celtiberización de la sociedad. Además, al Oeste de Leizarán, los 81 castros localizados, más *oppida* como los de Maruelea, Intxur y Gastelusare (PEÑALVER 2001; *id.*, 2001a), ilustran el progreso del País Vasco atlántico hacia el urbanismo, seguramente gracias a influjos celtibéricos sobre el substrato de gentes indoeuropeas, fenómeno paralelo al que se observa entre Cántabros (Peralta 2000) y Astures (MAYA 1989; FANJUL 2005). Este progreso hacia una sociedad compleja lo confirma el santuario de Gastiburu (VALDÉS 1987), que representa ya la construcción de elementos monumentales que parecen responder a una ideología destinada a estructurar un amplio territorio bajo una unidad religiosa y jurídica, quizás, incluso, como un lugar de anfictionía o centro de reunión en torno a un “árbol ritual”.

Por último, no hay que olvidar que elementos de los Campos de Urnas también se extendieron paralelamente por el Norte de los Pirineos hacia la Aquitania (MOHEN 1980), dando lugar a la Cultura Aquitana de la Edad de Hierro, paralela a la formada contemporáneamente en el Valle del Ebro (CASTIELLA 1977; RUIZ ZAPATERO 1984: 535 s.), entre las que existían mutuos contactos. De esta cultura deben proceder las gentes de habla aquitana de la cuenca del Garona, documentados en inscripciones romanas (MICHELENA 1954; GORROCHATEGUI 1984; 1985; 1995; 2003). Los contactos transpirenaicos explican la presencia de objetos como espadas de antenas y fíbulas, pero algunas cerámicas, como las grafitadas y pintadas parecen documentar el asentamiento de gentes traspirenaicas en el centro de Navarra, algunos quizás llegados desde el centro de las Galias, lo que supondría la existencia de claros fenómenos de interetnicidad (*vid. supra*).

La cristalización de estos elementos sobre el substrato anterior explica la formación y características de los pueblos prerromanos conocidos por las fuentes históricas en el País Vasco, todos ellos indoeuropeos. Los Autrigones, por el Este de Cantabria, el Oeste de Vizcaya y Álava y el Norte de Burgos (SOLANA, 1978; ORTIZ DE URBINA, 1988;

SANTOS *et al.*, 1992). El resto de Vizcaya hasta el Deva lo ocupaban los Caristios, igualmente extendidos hasta el norte del centro de Álava (SANTOS *et al.*, 1992). Los Várdulos ocupaban Guipúzcoa y el Nordeste de Álava (SANTOS *et al.*, 1992), mientras que la mayor parte de la Rioja era el solar de los Berones (VILLACAMPA 1980). Sólo al Este del río Leizarán y a partir del Pirineo se extendía el *Saltus Vasconum* (CARO BAROJA 1988; PERÉZ AGORRETA 1986; EMBORUJO 1987; FATAS 1992), los cuales alcanzaban desde la Gipuzkoa oriental hasta la altura de Huesca con penetraciones hasta el río Ebro, tal vez favorecidos en su expansión por los romanos (*id.*, 225), mientras que los Aquitanos ocupaban la cuenca meridional del Garona, tal como indica César (BG, I,1: *Gallia est omnis divisa in partes tres: quarum unam incolunt Belgae, aliam Aquitani, tertiam, qui ipsorum lingua Celtae, nostra Galli appellatur. Hi omnes lingua, institutis, legibus inter se differunt*). De estos pueblos, Várdulos, Caristios, Autrigones y Berones son de clara estirpe indoeuropea, como indican los nombres de sus poblaciones y sus antropónimos y como confirma su etnogénesis, sus creencias y su organización social, mientras que Vascones y Aquitanos serían poblaciones de estirpe éuscara. Sin embargo, resulta difícil diferenciarlos unos y otros en sus formas culturales y en sus estructuras sociales e ideológicas, por su creciente celtización y su aculturación hacia formas de vida cada vez más próximas a las urbanas. En consecuencia, considerar a los Vascones como indígenas y a los otros como “invasores”, sólo responde a un mito anacrónico, pues está contra todas las evidencias, ya que, en todo caso, tal como indican la hidronimia más antigua y el substrato cultural, son las poblaciones indoeuropeas las que parecen ser más antiguas en el País Vasco, según los datos actualmente disponibles.

Este mapa etno-cultural refleja procesos de variación diacrónica junto a otros de substrato de larga duración, tanto entre los grupos indoeuropeos como entre los considerados éuscaros, lo que confirma la complejidad de estos procesos étnicos, que, como en el resto de Hispania, más que en otras regiones de Europa, dibujaba un mosaico etno-cultural difícil de precisar, complicado, además, por la casi segura existencia de fenómenos de interetnicidad y de aculturación que pueden enmascarar un elemento tan significativo como la lengua. Los datos antropológicos, como análisis adecuados de ADN antiguo, el día que se cuenten con ellos, no parece que lo vayan a modificar, según indican los primeros resultados actualmente disponibles (FERNÁNDEZ *et al.* 2000).

Por ello, es lógico que una cuestión tan difícil como el origen de las poblaciones del País Vasco debe considerarse totalmente abierta. Así lo indica la posible identificación en fechas recientes de grupos no indoeuropeos entre los Astures o en la misma Soria, grupos que confirmarían la complejidad del mapa etno-cultural, con evidentes fenómenos de interetnicidad "en mosaico". Incluso se ha supuesto también la existencia de gentes éuscas o vascuences entre la población indoeuropea del País Vasco (GORROCHATEGUI 1995: 229; *id.* 1999), pero no hay seguridad de su presencia en época prerromana ni, por tanto, se puede precisar su papel etno-cultural. Por todo lo dicho, aunque no sea todavía posible precisar más estos datos a pesar de su interés, intentar mantener la simplista visión tradicional plasmada en el siglo XVIII que considera el País Vasco ocupado desde fecha inmemorial por éuscaros e invadido por Celtas y Romanos recuerda la postura mantenida en tiempos de Galileo por quienes se negaban a mirar por el telescopio para pretender seguir ignorando que la tierra giraba alrededor del sol.

El solar de los Vascones

Los estudios más recientes parecen confirmar que las regiones más apartadas y montañosas del Pirineo Occidental, al Este del río Leizarán (ALTUNA 1978), parecen ser un territorio ocupado por gentes pastoras en las que sería lógico reconocer a los Vascones (BLOT 1990; PEÑALVER 2001a; *id.*, 2004), pueblo de origen no indoeuropeo, que mantuvo formas de vida también muy primitivas, como las señaladas en todas las áreas montañosas atlánticas. Gracias a su relativo aislamiento en sus valles pirenaicos por sus formas de vida autárquicas, conservarían elementos de un substrato étnico no indoeuropeo, por tanto de origen muy antiguo. Dicho substrato ofrece ciertas relaciones lingüísticas con el mundo ibero (CARO BAROJA 1988; ANDERSON 1993), como ocurre con sus divinidades, muy mal conocidas, pero parece más segura su extensión por la Aquitania, como ha demostrado GORROCHATEGUI (1984; 1995; 2003), pudiendo identificarse con una lengua prerromana "vasco-aquitana", que parece relacionada con la ibérica (CARO BAROJA 1988), pero la supuesta proximidad del vasco al bereber o a lenguas caucásicas no acaba de dar resultados válidos (TOVAR 1995: 44 s.; GORROCHATEGUI & LAKARRA 2001: 413 s.), por lo que pudiera ser reflejo de su alejamiento respecto a las lenguas indoeuropeas, cuyo influjo parece percibirse de todos modos desde fechas tan antiguas

como el II milenio a.C., si no antes. Su aislamiento y pobreza, semejante a la de los Cántabros y otros pueblos septentrionales, explican su marginalidad y la probable falta de interés hacia ellos de los romanos, lo que, junto al apoyo prestado por los Vascones a Roma contra los Celtíberos, permitió la pervivencia hasta nuestros días de este interesantísimo substrato. Este substrato, en época prerromana, parece haberse extendido desde el Garona como límite de la Aquitania, zona en la que resulta evidente su mezcla con elementos galos, hasta el Prepirineo con expansiones hacia el Valle del Ebro, donde se extendían pueblos de estirpe y habla ibérica y céltica (VILLAR y PROSPER 2005).

PEÑALVER (2001a; *id.*, 2004), con bastante acierto, ha creído identificar con estas gentes de vida pastoril los cromlechs localizados al Este de Leizarán hasta el Gállego y el Ésera, ya cerca del Aneto, lo que concidiría con la extensión del substrato toponímico vasco (COROMINAS 1958; GORROCHATEGUI 1995; DE HOZ 1995). Pero estas gentes pirenaicas parecen haberse mezclado con gentes de los Campos de Urnas al descender a los valles de Lérida y del Lot y Garona, lo que dificulta su delimitación por esas zonas e indica que lo mismo ocurriría también hacia la parte baja de las cuencas de los ríos aquitanos y del Valle del Ebro, donde surgirían sus principales poblaciones en los últimos siglos a.C.

A lo largo de la segunda mitad del I milenio a.C. se constata la celtización por influjo galo de la Aquitania, la iberización cultural del Valle del Ebro remontado el río y la expansión en sentido contrario de elites celtibéricas, proceso este último interrumpido por Roma, que encontró en los Vascones un aliado para contrarrestar la expansión celtibérica por esas zonas. En consecuencia, los Vascones del Pirineo, aislados en sus valles montañosos, debieron mantener formas de vida ancestrales al margen de la romanización, lo que explica el interés que ofrecen los elementos de su peculiar lengua y cultura llegados hasta nuestros días, hasta cristianizarse ya en los albores de la Edad Media, cuando muestran cierta tendencia a la unificación y debieron extenderse hacia el actual País Vasco. Sin embargo, los Vascones de áreas más abiertas y urbanas, como el Valle del Ebro, al igual que Autrigones, Carisios, Várdulos y Berones, pueblos indoeuropeos más o menos celtiberizados del País Vasco, del norte de Burgos y de La Rioja, se romanizarían como los restantes pueblos circundantes, adoptando plenamente la lengua y las costumbres latinas.

En consecuencia, debe revisarse el mito de la supuesta "personalidad" de la Prehistoria del País Vasco y su origen ancestral, idea caduca que se mantiene desde hace tantos años a pesar de estar en contradicción con los avances en todos los campos de estudio. Pero no se puede construir una Prehistoria actual con tesis "míticas" que van contra todas las evidencias científicas. Si se ha mantenido dicha postura, ha sido sólo por motivos ideológicos de tipo político, como evidencia un somero análisis historiográfico. Este hecho es el que explica la falta de estudios actuales sobre etnogénesis en el País Vasco, precisamente donde la sociedad parece estar más interesada en ellos. Pero en el País vasco también se cumple la inexorable ley humana de que cultura material, economía, organización social, ideología, lengua y antropología están en cambio continuo, por factores internos y externos, sean más o menos perceptibles a corto plazo.

Esta situación socio-ideológica explica la comentada dificultad de ofrecer una Prehistoria actual en el País Vasco que siga basándose en la visión goropianista tradicional. Tal situación es lamentable, tanto más si se tiene en cuenta que estas ideas se enseñan en las escuelas, lo que supone manipular a la juventud y a la sociedad para influir en su ideario colectivo. Esas circunstancias son un claro ejemplo de manipulación ideológica, utilizada por elites ansiosas de poder para controlar a la sociedad al servicio de sus intereses, hecho que no parece propio de una sociedad democrática del siglo XXI, cuando tenemos el derecho de comprender nuestra historia despojada de mitos, para decidir libremente cómo integrarnos en el mundo global al que estamos abocados y a cuyo desarrollo debemos contribuir dentro de una sociedad cada vez más abierta, por lo que resulta absurdo perder esfuerzos en luchas anacrónicas, cuando no fratricidas, vistas desde una perspectiva histórica.

BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO, F. J.
2005 Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce (*Arqueología de Castilla y León. Monografías 4*), Valladolid.
- ABASCAL, J. M.
2002 Fasti consulares, fasti locales y horología en la Epigrafía Hispánica. *Archivo Español de Arqueología 75*, 269-286.
- ALBERTOS, M^a. L.
1983 Onomastique personnelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine, en Haase, W. (ed.), *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt II*, 29,2, Berlin: 853-892.
1987 La onomástica personal indígena de la región septentrional, *Studia Palaeohispanica. Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Vitoria 1985)*, Vitoria/Gasteiz: 155-194. (= Veleia 2-3).
- ALCOBÉ, S.
1976 Antropología del Pirineo y relieve del suelo, *VII Congreso Internacional de estudios Pirinicos*. 1974, I: 119-129.
- ALDAY RUIZ, A.
1999 El entramado campaniforme en el País Vasco: los datos y el desarrollo del proceso histórico (*Veleia, Anejos S. Mayor 9*), Vitoria.
2001 Structure matérielle du campaniforme basque et relations de celui-ci avec d'autres aires culturelles, F. Nicols (ed.), 2001: 711-713.
- ALMAGRO, M.
1958 *Origen y formación del pueblos hispano*, Madrid.
1952 La invasión céltica en España. R. Menéndez Pidal, *Historia de España I,2*, Madrid: 1-278.
- ALMAGRO-GORBEA, M.
1974 Orfebrería del Bronce Final en la Península Ibérica. El Tesoro de Abía de la Obispalía, la orfebrería de Villena y los cuencos de Axtroki, *Trabajos de Prehistoria 31*, 39-100
1976 La espada de Entrambasaguas. Aportación a la secuencia de las espadas del Bronce en el Norte de la Península Ibérica, *XL Aniversario del Centro de Estudios Montañeses*. Santander: 453-477.
1986 El Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro en la Península Ibérica, A.A.V.V. *Historia de España I*. Prehistoria. (Ed. Gredos), Madrid, 1986: 341-532.
1992 El origen de los celtas en la Península Ibérica. Protoceltas y celtas. *Polis 4*. 5-31.
1994 El urbanismo en la Hispania Céltica: castros y oppida en la Península Ibérica, en M. ALMAGRO-GORBEA & A. M^a MARTIN (eds.), *Castros y oppida de Extremadura. (Complutum Extra 4)*. Madrid, 1994: 13-75.
1996 Sacred places and cults of the Late Bronze Age tradition in Celtic Hispania, *Archäologische Forschungen zum Kultgeschehen in der jüngeren Bronzezeit und frühen Eisenzeit Alteuropas. Regensburg 1993* (1996): 43-79.

- ALMAGRO-GORBEA, M.
1997 La Edad del Bronce en la Península Ibérica: periodización y cronología, Homenaje a Milagros Gil-Mascarell (*Saguntum 17*): 217-229.
1999 Estructura socio-ideológica de los oppida celtibéricos, *VII Coloquio Internacional sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Zaragoza 1997, Salamanca: 35-55.
2001 Los celtas en la Península Ibérica, *Celtas y Vetones*, Ávila: 94-113.
2001a Los íberos: nuevas perspectivas sobre sus orígenes, ALBERTO J. LORRIO (ed.), *Los iberos en la Comarca de Requena-Utiel* (Valencia), Universidad de Alicante: 33-47.
2003 Epigrafía Prerromana. *Real Academia de la Historia, Catálogo del Gabinete de Antigüedades I.1.1*, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. & JIMÉNEZ, J.,
2000 Un altar rupestre en el Prado de Lácara (Mérida). Apuntes para la creación de un parque arqueológico. El Megalitismo en Extremadura (Homenaje a ELIAS DIEGUEZ Luengo) (*Extremadura Arqueológica 8*), Mérida: 423-442.
- ALMAGRO-GORBEA, M. & MONEO, T.
2000 Santuarios urbanos en el mundo ibérico (*Bibliotheca Arqueologica Hispana 4*), Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. & RUIZ ZAPATERO, G.
1993 Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica (Complutum 2-3, 469-499, 1992)*, Madrid.
- ALTUNA, J.
1975 *Guía ilustrada de prehistoria vasca*, Bilbao.
1978 La Prehistoria Vasca. In: "Euskaldunak I. La etnia vasca". 1-16 páginas. Editorial Etor. San Sebastián.
- ÁLVAREZ SANCHIS, J.
1999 Los Vetones (*Biblioteca Archaeologica Hispana 1*). Madrid.
- ÁLVAREZ-SANCHIS, J. & RUIZ ZAPATERO, G.
2002 Vetones, etnicidad y cultura material, en M. MOLINOS & A. ZIFFERERO, *Primi popoli d'Europa*, Firenze: 181-199.
- ANDERSON, J. M.
1993 Iberian and Basque linguistic similarities, *V Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica. Colonia 1989*, Salamanca: 487-498.
- ANONIMO
1806 *Reflexiones filosóficas en defensa de la Apología de la lengua vascongada o respuesta a su censura crítica del Cura de Montuenga*, Madrid.
- APELLÁNIZ, J. M.
1973 *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco Meridional, Munibe-Suplemento 1*, San Sebastián.
- APELLÁNIZ, J. M.
1974 El Grupo de Los Husos en la Prehistoria con cerámica, *Estudios de Arqueología Alavesa 7*, 7-409.
1975 El Grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica del País Vasco, *Munibe 27*, 1-136.
- D'ARBOIS DE JUBAINVILLE, H.
1893-94 Les Celtes en Espagne, *Revue Celtique 14*, 357-395; *15*: 1-61.
- ASTARLOA, P. DE
1803 *Apología de la lengua bascongada o ensayo crítico filosófico de su perfección y antigüedad sobre todas las que se conocen, en respuesta a los reparos propuestos por el Diccionario geográfico histórico de España*, Madrid.
1804 *Reflexiones filosóficas en defensa de la lengua bascongada o Respuesta a la Censura Crítica del Cura de Montuenga*, Madrid.
- BARANDIARAN, J. M. DE
1934 *El hombre primitivo en el País Vasco*.
1953 *El hombre prehistórico en el País Vasco*.
1972 *Obras Completas, I*, Bilbao.
- BARANDIARÁN, I.
1973 Zwei hallstattzeitliche Goldschalen aus Axtroki, Prov. Guipuzcoa, *Madrider Mitteilungen 14*, 109-120.
- BARANDIARÁN, I. & VEGAS, J. I.
1990 *Los grupos humanos en la Prehistoria de Encisa-Urba*, San Sebastián.
- BERROCAL, L.
1992 Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica, (*Complutum Extra 2*), Madrid.
- BLAS CORTINA, M. A. DE
1983 *La Prehistoria Reciente de Asturias*, Oviedo.
- BLOT, J.
1990 L'Age du Fer en Pays Basque de France, *Munibe (Antropología-Arkeologia) 42*, 181-187.
- BOSCH GIMPERA
1932 *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.
1944 *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México.
- BURILLO, F.
1998 *Los Celtiberos. Etnias y estados*, Barcelona.
- CARO BAROJA, J.
1946 *Los pueblos de España*, Barcelona.
1954 La escritura en la España Prerromana (Epigrafía y Numismática), R. MENÉNDEZ PIDAL (ed.), *Historia de España 1,3*, 677-812. Madrid.

- CARO BAROJA, J.
 1973 *Los pueblos del Norte de la Península Ibérica 2*, Madrid. Caro Baroja, J., 1974: Ritos y mitos equívocos. Madrid.
 1984 Sobre la religión antigua y el calendario del pueblo vasco (*Colección de Estudios Vascos*), San Sebastián.
 1985 *Los vascones y sus vecinos*, San Sebastián.
 1988 *Sobre la lengua vasca y el vasco-iberismo*, San Sebastian.
- CASTIELLA, A
 1977 *La Edad del Hierro en Navarra y La Rioja*, Pamplona.
- CASTIELLA, A. & SESMA, J.
 1988-89 Piezas metálicas de la protohistoria navarra: Armas, *Zephyrus XLI-XLII*, 383-404.
- CLARKE, D. L.
 1978 *Analytical Archaeology 2*, London.
- COFFYN, A.
 1974 Les épées à antennes du Sud de la France, *Revue Historique et Archéologique du Libournais XLII*, n° 152: 63-71.
 1985 *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*, Paris.
- CONDE, J. A.
 1804 *Censura crítica de la pretendida excelencia y antigüedad del vascuence*, Madrid.
 1806 *Censura crítica del alfabeto primitivo de España, y pretendidos monumentos literarios del Vascuence*, Madrid.
- COROMINAS, J.
 1958 La survivance du basque jusq'au bas Moyen Âge. Phénomènes de bilinguisme dans les Pyrénées centrales, *Actes VI Congrès International de Sciences Onomastiques I*, 105-146. München.
- CUNLIFFE, B.
 2001 *Facing the Ocean. The Atlantic and its Peoples 8000 BC-AD 1500*, Oxford.
- DELIBES, G. & FERNANDEZ MANZANO, J.
 1991 Relaciones entre Cogotas I y el Bronce Final Atlántico en la Meseta Española, en Chevillot, Chr. y Coffyn, A. (dirs.), *L'Age du Bronze Atlantique, Actes du 1er Colloque du Parc Archéologique de Beynac*, 203-212. Périgueux.
- DELIBES, G. *et alii*
 1999 Panorama arqueológico de la edad del Hierro en el Duero medio, en G. DELIBES *et alii* (eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, 49-146. Valladolid.
- DUPLA, A. & EMBORUJO, A.
 1991 El Vascocantabrisimo: mito y realidad en la historiografía sobre el País Vasco en la Antigüedad, In: J. ARCE & R. OLMOS (eds.), *Historiografía de Iña Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*, 107-111 Madrid.
- DUMÉZIL, G.
 1977 *La religione romana arcaica*, Milano.
- ELUERE, C.
 1982 Les ors préhistoriques. (*L'âge du bronze en France-2*), Paris.
- EMBORUJO, A.
 1987 El límite entre várdulos y vascones, *Actas I Congreso General sobre Historia de Navarra 2*, 379-393. Pamplona.
- ERRO, J. B.
 1806 *Alfabeto de la lengua primitiva de España y explicación de sus más antiguos monumentos de inscripciones y medallas*, Madrid.
 1807 *Observaciones filosóficas a favor del alfabeto primitivo ó respuesta apologética a la censura crítica del Cura de Montuenga*, Pamplona.
 1815 *El mundo primitivo o examen de la antigüedad y cultura de la nación bascongada*, Madrid.
- FANJUL, A.
 2005 *Los castros de Asturias. Una revisión territorial y funcional*, Oviedo.
- FATAS, G.
 1992 Para una etnogeografía de la cuenca media del Ebro, En M. ALMAGRO-GORBEA & G. RUIZ ZAPATERO (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica (Complutum 2-3, 223-232)*, Madrid.
- FERNÁNDEZ, E. GARCÍA-BUR, J., ARENAL, I., PÉREZ-PÉREZ, A., VALDÉS, L. & TURBON, D.
 2000 Hacia el origen de los vascos: secuencias de DNA mitocondrial antiguo del País Vasco, *Complutum 11*, 101-111.
- FITA, F.
 1878 *Restos de la declinación céltica y celtibérica en algunas lápidas españolas*, Madrid.
- GALLAY, A.
 2001 *L'enigme campaniforme*, F. NICOLS (ed.): 41-57.
- GARIBAY & ÇAMALLOA, ESTEBAN DE
 1571 *Compendio historial de la Crónica y universal historia de todos los reynos de españa...* Amberes.
- GASCO, J. & CARROZA, L.
 1989 *L'Âge du Bronze Moyen et ses dynamiques en Languedoc Occidental, Dynamique du Bronze Moyen en Europe Occidentale* (Actes 113e Congrès national des Sociétés Savantes, Strasbourg, 1988), Paris: 443-457.
- GÓMEZ DE SOTO, J.
 1980 *Les cultures de l'Âge du Bronze dans le bassin de la Charante*, Périgueux.

- GÓMEZ, J. & PAUTREAU, J.-P.
1989 *Le groupe du Duffaits dans le Centre-Ouest de la France, Dynamique du Bronze Moyen en Europe Occidentale* (Actes 113e Congrès national des Sociétés Savantes, Strasbourg, 1988), Paris: 385-390.
- GÓMEZ MORENO, M.
1922 *De epigrafía ibérica: el plomo de Alcoy, Revista de Filología Española IX*, 341-366.
- GÓMEZ TABANERA, J. M. (ED.)
1967 *Las raíces de España*, Madrid.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.
1997 *Los Cántabros 4* (1ª ed. 1966), Santander.
- GOROPIUS BECANUS, I.
1572 *Origines Antwerpianæ, sive Cimmericorum Becesselana novem libros complexa*, Amberes.
- GORROCHATEGUI, J.
1984 *Estudio sobre la onomástica indígena en Aquitania*, Bilbao.
1985 *Lengua gala y lengua aquitana en la Aquitania etnográfica, Symbolae L. Mitxelena septuagenario oblatae*, 613-628, Vitoria.
1987 *En torno a la clasificación del lusitano, Studia Palaeohispanica. Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas. Vitoria 1985 (Veleia 2-3, 77-91)*, Vitoria.
1995 *Los Pirineos entre Galia e Hispania: las lenguas, Veleia 12*, 181-234.
1999 *La romanización del País Vasco: Aspectos lingüísticos, Antiqua, VI Jornadas sobre la Antigüedad*, San Sebastián: 10-23.
2003 *Las placas votivas de plata de origen aquitano halladas en Hagenbach (Renania-Palatinado, Alemania), Aquitania 19*, 25-47.
- GORROCHATEGUI, J. & LAKARRA, J. A.
2001 *Comparación lingüística, filología y reconstrucción del Protovasco, 8º Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, 407-438. Salamanca.
- GUILAINE, L.
1984 *L'Âge du Cuivre européen, civilisation à vases campaniformes*, Paris.
- HARRISON, R. J.
1980 *The Beaker Folk. Copper Age Archaeology in Western Europe*, London.
- HOZ, J. DE
1963 *Hidronimia antigua europea en la Península Ibérica, Emerita 31*, 227-242.
1986 *La religión de los pueblos prerromanos de Lusitania, Manifestaciones religiosas en Lusitania*, 31-49. Cáceres.
- HOZ, J. DE
1995 *El poblamiento antiguo de los Pirineos desde el punto de vista lingüístico, J. BERTRANPETIT & E. VIVES (eds.), Muntanyes y població. El pasat dels Pirineus des d'una perspectiva multidisciplinària*, 271-299. Andorra.
- HUMBOLT, W. VON
1821 *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens mittelst der Varkischen Sprache*, Berlin.
- JONES, S.
1999 *The Archaeology of Ethnicity*, Londres.
- KRUTA, V.
1992 *L'Europe des origines*, Paris.
- LARRAMENDI, M. DE
1745 *Diccionario trilingüe castellano, bascuence y latín, dedicado a la M.N. y M.L. provincia de Guipúzcoa*. San Sebastián.
- LLANOS, A.
1963 *Las pinturas rupestres esquemáticas en la Provincia de Álava, Estudios del Grupo Espeleológico Alavés 1*, 109-119. Vitoria.
1972 *Cerámica excisa de Álava y provincias limítrofes, Estudios de Arqueología Alavesa 5*, 81-98.
1981 *Urbanismo y arquitectura en el primer milenio antes de Cristo, El habitat en la Historia de Euskadi*, 49-76. Bilbao.
1983 *La Hoya. Un poblado del primer milenio antes de Cristo*, Vitoria.
1992 *Conformación de las etnias prerromanas en Alava, Bizkaia y Guipuzkoa*, In: M. ALMAGRO-GORBEA & G. RUIZ ZAPATERO (eds.): 431-447.
- LLANOS, A. ET ALII
1975 *El castro del Castillo de Henayo (Alegría, Alava). Estudios de Arqueología Alavesa 8*, 87-212.
- LLANOS, A. & FERNÁNDEZ MEDRANO, D.
1968 *Necrópolis de hoyos de incineración en Álava, Estudios de Arqueología Alavesa 3*, 45-72.
- LORRIO, A.
2005 *Los Celtíberos* (2ª ed.). (Biblioteca Archaeologica Hispana 25), Madrid.
- MALUQUER DE MOTES, J.
1954-58 *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra I-II*, Pamplona.
- MARCO, F.
1986 *El dios céltico Lug y el santuario de Peñalba de Villastar, Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez, Zaragoza*, 731-759.

- MARTIN, A. M.
1999 Los orígenes de la Lusitania: el I milenio a.C. en la Alta Extremadura (*Biblioteca Archaeologica Hispana 2*), Madrid.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J.
1946 *Esquema Paleontológico de la Península Hispánica 2*, Madrid.
- MAYA, L.
1989 *Los castros de Asturias*, Oviedo.
- MAYANS I SISCAR, G.
1756 (1999) *Introductio ad veterum inscriptionum historiam litterariam (Bibliotheca Archaeologica Hispana 4)*, Madrid.
- MENGHIN, W. & SCHAUER: (EDS.)
1977 *Magisches Gold. Kultgerät der Spätenbronzezeit*, Nürnberg.
- MICHELENA, L.
1954 *De onomástica aquitana, Pirineos 10*: 409-458.
1964 *Sobre el pasado de la lengua vasca*, San Sebastián.
1988 *Sobre historia de la lengua vasca*, San Sebastián.
- MOHEN, J.-P.
1980 *L'Age du Fer en Aquitaine (Mémoires de la Société Préhistorique Française 14)*, Paris.
- MONTEAGUDO, L.
1977 *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel (PBF IX, 6)*, München.
- NICOLS, F. (ED.)
2001 *Bell Beakers Today. Pottery, people, culture, symbols in prehistoric Europe*, Trento.
- OLAETXEA, C.
2000 La tecnología cerámica en la Protohistoria Vasca (*Munibe, Antropología-Arkeología, Suplemento 12*), San Sebastián.
- OLIVARES, J. C.
2002 Los dioses de la Hispania céltica (*Biblioteca Archaeologica Hispana 15*), Madrid, 2002.
- ORTIZ DE URBINA, C.
1996 *La Arqueología en Álava en los siglos XVIII y XIX*, Vitoria.
- ORTIZ DE URBINA, E.
1988 *Aspectos de la evolución de la estructura social indígena del grupo de población autrigón en época prerromana y altoimperial, II Congreso Mundial Vasco*, San Sebastián: 183-194.
- PARSON, JAMES
1767 *The Remains of Japhet, being historical enquiries into the affinity and origins of European languages*, London.
- PEÑALVER, X.
2001 El hábitat en la vertiente atlántica de Euskal Herría. El Bronce Final y la Edad del Hierro (*Kobie, Anejo 3*). Bilbao.
2001 El Bronce Final y la Edad del Hierro en la Euskal Herria atlántica, *Complutum 12*, 51-71.
2004 Mairubaratzak. Pirinioetako harrespila (*Munibe Antropología-Arkeología, Suplemento 19*), San Sebastián.
- PERALTA, E. (ED.)
1999 *Las Guerras Cántabras*, Santander.
2000 Los Cántabros antes de Roma (*Biblioteca Archaeologica Hispana 5*) 2. Madrid.
- PERÉZ AGORRETA, M^a J.
1986 *Los Vascones*, Pamplona.
- PÉREZ VILATELA, L.
2000 Historia y Etnología de la Lusitania (*Biblioteca Archaeologica Hispana 6*), Madrid.
- RENFREW, C.
1998 *From Here to Ethnicity*, *Cambridge Archaeological Journal 8, 2*, 275-277.
- RIVIERE, J.-C.
1979 *Georges Dumézil à la découverte des indo-européens*, Paris.
- RODRÍGUEZ DE BERLANGA, M.
1881 *Los bronce de Lascuta, Bonanaza y Aljustrel*, Málaga.
- RÚA, C. DE LA
1990 Los estudios de Paleontología en el País Vasco, Homenaje a D. José Miguel de Barandiarán (*Munibe Antropología-Arkeología 42*): 199-219.
- RUIZ-GALVEZ, M.
1984 *La Península Ibérica y sus relaciones con el Círculo Cultural Atlántico (Tesis Doctoral de la Universidad Complutense)*, Madrid.
1998 *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce*, Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G.
1984 *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica (Tesis Doctoral de la Universidad Complutense 83/85)*, Madrid.
- RUIZ ZAPATERO, G. & LORRIO, A.
1999 *Las raíces prehistóricas del mundo celtibérico*, In: J. A. ARENAS & M^a V. PALACIOS (eds.), *El origen del mundo celtibérico*, Molina de Aragón: 191-211.
- SANTOS, J., EMBORUJO, A. & ORTIZ DE URBINA, E.
1999 *Paleogeografía de Autrigones, Casistios y Várdulos*, In: M. ALMAGRO-GORBEA & G. RUIZ ZAPATERO (eds.): 449-467.

SANZ MINGUEZ, C.

- 1997 *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblos prerromano del valle medio del Duero*. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid), Valladolid.

SOLANA, J. M^a.

- 1978 *Autrigonia Romana. Zona de contacto Castilla-Vasconia*, Valladolid.

TORRES, J.

- 2005 *La economía de los celtas de la Hispania atlántica II*, La Coruña.

TORRES, M.

- 2002 *Tartessos (Biblioteca Archaeologica Hispana 1)*, Madrid.

TOVAR, A.

- 1980 *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*, Madrid.
- 1985 *La inscripción del Cabeço das Fráguas y la lengua de los lusitanos*, *Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Lisboa 1980), Salamanca: 227-253.
- 1995 *El mito del Euskera y los orígenes del Vasconce. El idioma en el siglo XX*, *Temas culturales Vascos 1*, Madrid: 31-50.

UGARTECHEA, J. M. *et alii*

- 1971 *El Castro de las Peñas de Oro. Valle de Zuya (Álava)*, *Investigaciones Arqueológicas en Álava*, Vitoria: 217-262.

UNTERMANN, J.

- 1965 *Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania antigua (Bibliotheca Praehistorica Hispana VII)*, Madrid.
- 1997 *Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften (Monumenta Linguarum Hispanicarum IV)*, Wiesbaden.

URZAINKI, A. (ED.)

- 1995 *La Organización Territorial en la CAPV. El nivel intermedio: La Comarca*, *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, 51,2: 409-619.

VALDÉS, L.

- 1987 *Santuario tumular de Gastiburu (Arrazua, Bizkaia) (Memorias sucintas de excavaciones)*, Vitoria.

VILLACAMPA, M.A.

- 1980 *Los Berones según las fuentes escritas*, Logroño.

VILLAR, F.

- 2000 *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana*, Salamanca.

VILLAR, F. & PRÓSPER, B.M.

- 2005 *Vascos, celtas e indoeuropeos. Genes y lenguas*. Salamanca